

El escritor William Faulkner

AP

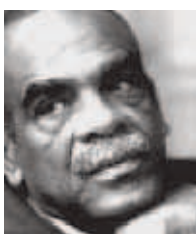


Vivienda del escritor norteamericano en Oxford (Mississippi)

AP / ROBERT JORDAN

Ensayo/viajes El poeta antillano sigue el rastro del autor de “El sonido y la furia” en sus libros y por los territorios que los inspiraron, hasta llegar al nudo de maldad del que surge su universo. Una obra hipnotizante

Glissant a la búsqueda de Faulkner



Édouard Glissant
“Faulkner, Mississippi”
Traducción de Matilde Paris

TURNER
252 PÁGINAS
21 EUROS

Álvaro de la Rica
es profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Navarra. Es autor de “La juventud de Julien Green” (1998) y “Estudios sobre Claudio Magris” (1999)

ÁLVARO DE LA RICA

No deja de ser elocuente que Édouard Glissant (1928) viniera al mundo en la Martinica, en las llamadas Pequeñas Antillas o islas de Barlovento, a pocas millas marinas de la isla de Santa Lucía donde nació su amigo Derek Walcott (1930), poeta laureado con el Nobel en 1992 y acaso el mejor intérprete de Homero de los últimos cincuenta años. Del Egeo al Caribe, la historia simplemente continúa. Lejos de cualquier asomo de barbarie, los auténticos poetas actuales, los que miran al norte del futuro, han desentrañado hasta el fondo en sus creaciones nuestra historia literaria. Un ejemplo de esta afirmación es la lectura que ha realizado Glissant del autor de “El sonido y la furia” en su reciente libro “Faulkner, Mississippi”.

Algunos piensan que vivimos en un marasmo en todo lo que se refiere al arte literario. El creciente peso de los criterios de mercado, una concentración editorial sin alma, el relativismo y hasta el resentimiento político de quienes deberían ejercer una valoración estética de lo producido constituirían otras tantas amenazas contra lo que consideran el arte genuino. De nuevo una crítica no suficientemente fundada se enmascara con las sugerentes formas de la elegía. Pero el espíritu humano pervive y no dejará de abrirse paso en los costados maternos de la realidad. La literatura se mueve hoy, como siempre, en el límite entre lo permanente y lo cambiante, entre tradición y vanguardia; la poesía expresa que no hay nada nuevo bajo el sol y que todo está en permanente mutación.

Durante décadas, el poeta antillano y francófono Édouard Glissant, una de las voces que más han clamado por una poética acorde con los nuevos tiempos, ha seguido el rastro de la obra de William Faulkner a la búsqueda de su propia



Walker Evans y el Mississippi

Gran retratista de la cotidianidad americana, Walker Evans (1903-1975) realizó importantes fotografías para la Farm Security Administration (FSA) durante los años de la Gran Depresión en las zonas rurales del sur del país. Como Faulkner, que también narró la decadencia sureña de los años treinta y cuarenta, el Mississippi de 1936 es reproducido por Walker Evans en toda su crudeza y esplendor en esta serie de fotografías: arriba, unos niños en el barrio negro de Vicksburg; abajo, un barco navega por las aguas del río Mississippi

voz. Su empeño ha consistido en una indagación formal: “He debido atravesar la presencia de la obra de Faulkner, una obra inglesa de la que me siento impregnado, pero lo interesante es que accedí inmediatamente a la estructura de la obra antes de acceder a su literalidad. Se escribe en presencia de un determinado número de estructuras literarias, como las de Faulkner, aun cuando no dominemos del todo la lengua en la que esa obra ha tomado cuerpo. He debido desbrozar todas esas espesuras antes de forjar mi propio lenguaje”.

Glissant comienza por descubrirse a sí mismo y relata primero su paso por el territorio Faulkner. Jefferson, Oxford o Lafayette, a orillas del Mississippi, forman el lugar de donde surge el imaginario condado de Yoknapatawpha, auténtica cifra del cosmos faulkneriano. “Los paisajes de Faulkner están poseídos por una fragancia malva, por un poder de melancolía tal, que al leer su descripción uno desea regresar a ellos para pintar su propio paisaje, íntimo o lejano.” Glissant se extravía a placer por senderos polvorientos, entre los restos de las plantaciones algodoneras y los fantasmagóricos “bayous” para descubrir lo que acaso ya sabía, que el rastro hay que seguirlo, más bien, en el entramado de formas concebido por la mente de un creador genial. Entonces empieza el verdadero juego. En el caso de un lector como Glissant, seguir el rastro significa, al mismo tiempo, oponerse a una interpretación ejemplar, en el sentido de modélica. El paradigma de interpretación, que surge precisamente al hilo de la investigación en las estructuras narrativas de Faulkner, sólo se conforma con la aparición de lo imprevisible y por eso rechaza cualquier pensamiento de sistema o sistema de pensamiento. “El pensamiento del rastro es aquel que se inserta hoy día más eficazmente en la falsa universalidad de los pensamientos de sistema”.

La prosecución del rastro le lleva hasta el nudo de maldad del que surge el universo faulkneriano: el rechazo absoluto del Otro por el hecho de ser negro, lo que Glissant denomina la “metafísica de lo

El autor se extravía por senderos polvorientos, plantaciones y fantasmagóricos “bayous”

oscuro de la relación entre negros y blancos”. La imposibilidad de establecer ninguna forma de reconocimiento, inscrita en el incipit, en la génesis del mítico Sur como comunidad humana, es una célula cancerosa que crece horadando con una violencia sorda las estructuras de un proyecto político abyecto.

La obra de Faulkner muestra, como un negativo trágico, una posibilidad demasiado frecuente: la facilidad con la que los hombres idolatran a los demonios de la pureza y el antimestizaje, y el afán por remontarse a una raíz única y exclusiva que está en el fondo de algunas de las peores expresiones del odio. “Nos aterra la idea de que un día habremos de aceptar que no somos una entidad absoluta, sino una existencia cambiante.” La propuesta poética de Glissant, gestada en el contraste con el paradigma faulkneriano, apuesta por lo que ha llamado la Relación, otra forma de apelar a la incesante necesidad de apertura al otro, al rechazo de todos los ídolos propios y a la admiración ante lo imprevisible y lo distinto. Una propuesta válida para el caótico mundo de hoy y para la calma de todas las estaciones. |